



ITINERARIOS POR EL CASCO VIEJO

El **primer itinerario** parte de la plaza de Santa María la Real y termina en el patio del antiguo monasterio de Santo Domingo, actual sede del Departamento de Educación y Cultura del Gobierno de Navarra. Curiosamente, a pesar de su sabor histórico, la definición urbana de este recorrido se consolidó a partir de mediados del siglo XX. De entonces data la propia plaza de Santa María la Real, mientras que la ronda de Barbazán no se urbaniza para su uso público hasta los años sesenta. Algo parecido sucede también con el Redín, cuyo pintoresco mesón del Caballo Blanco "nació" como actualmente lo vemos en la misma época.

Este itinerario puede unirse con el segundo en un solo recorrido que comunicaría la Media Luna con la Vuelta del Castillo. El amplio paseo, casi una excursión mañanera, partiría de la Media Luna, alcanzando la plaza de Santa María la Real por el Labrit y el Jito-Alai; recorrería después la ronda de Barbazán y, desde el Redín, rodeando el antiguo Palacio Real o de Capitanía, seguiría hasta Santo Domingo; tras el Museo de Navarra, otra vez sobre la muralla, alcanzaría la Taconera por el puente nuevo, finalizando en la Ciudadela y los fosos de la vuelta del Castillo.

Si hacia el interior de la ciudad el paseo va a mostrarnos interesan-

Las murallas: aunque durante la Edad Media tanto la Ciudad de la Navarrería, como el Burgo de San Cernin y la Población de San Nicolás contaron con murallas de defensa, las estructuras perimetrales conservadas datan principalmente de los siglos XVI, XVII y XVIII. Sus diseños, ajenos al pintoresquismo medieval o neomedieval, se caracterizan por la sobriedad y potencia de los muros y sillares. La mayor parte de este perímetro defensivo encorsetó el Casco Viejo hasta 1915. Tras sucesivos derribos, hoy se conservan, de Este a Oeste, el fuerte de la Media Luna, el baluarte del Labrit, la ronda de Barbazán, el baluarte del Redín, el portal de Francia, la ronda del Palacio Real, la ronda del Museo de Navarra, la Taconera con su conjunto de fuertes y baluartes, y la Ciudadela. Afortunadamente, todas estas estructuras bélicas que tanto han determinado la fisonomía actual del Casco Viejo, se han vinculado al pálpito diario de la ciudad transformadas en jardines, espacios lúdicos o centros culturales.



IDOATE, F., "Las fortificaciones de Pamplona a partir de la conquista de Navarra", *Príncipe de Viana*, 54-55 (1954), pp. 57-154.



1. Retiro Sacerdotal.
2. Palacio Arzobispal.
3. Baluarte del Labrit.
4. Capilla de Jesucristo.
5. Capilla Barbazana.
6. Ventana de la sacristía.
7. Mesón del Caballo Blanco.
8. Baluarte del Redín.
9. Portal de Francia.
10. Antiguo Palacio Real.
11. Antiguo Seminario de los Baztaneses.
12. Antiguo convento de Santiago.

tes sorpresas, el amplio panorama que se dibuja bajo el escarpe de la muralla nos pone en contacto con el curso del Arga, los barrios de Chantrea y Rochapea y, en general, con toda la vertiente nororiental de la Cuenca de Pamplona. Este amplio recorrido sobre uno de los elementos urbanos e históricos que mejor caracterizan la silueta de nuestra ciudad debe en algunos puntos mejorar su accesibilidad y necesita de la colaboración de todos para que se conserve en buen estado. Una correcta señalización, junto a la reconstrucción del espacio urbano del antiguo Palacio Real y su comunicación física con el museo de Navarra, serán determinantes para que este bello paseo se consolide y sea accesible a todos.

La plaza de Santa María la Real, hoy mitad jardín, mitad aparcamiento, se encuentra en el extremo sur de la Navarrería, en lo que fue hasta 1496 la antigua Judería de Pamplona (ver Itinerario 3). La sinagoga, sita en las proximidades del Retiro Sacerdotal, fue derruida durante el siglo XVI para levantar en su solar el convento de la Merced.

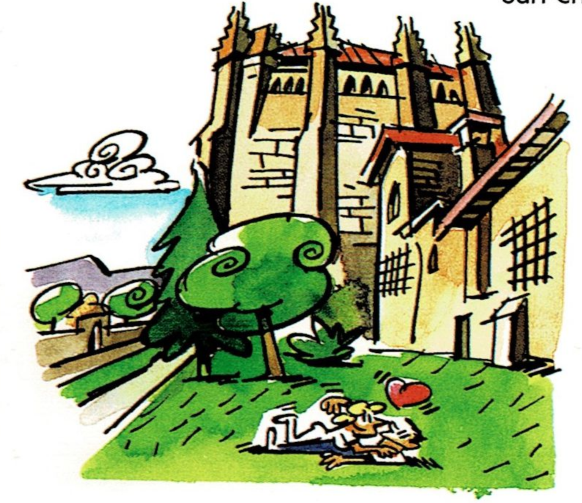
Aunque prácticamente los cuatro lados de la plaza quedan cerrados por estructuras arquitectónicas de aspecto antiguo, el conjunto es el

resultado de una profunda intervención urbana iniciada en 1945 con el derribo del citado convento. Sobre su parcela se construyó el actual **Retiro Sacerdotal** (**1**) en estilo historicista. El desvencijado caserón de la Merced, reacondicionado como cuartel de infantería durante el siglo XIX, llegaba hasta la altura de la puerta principal del **Palacio Arzobispal** (**2**), y se unía con el actual edificio de la Providencia, en la calle de la Merced, mediante un pintoresco pasadizo volado, parecido al que luego veremos en el Redín. Lógicamente, la desaparición de este enorme edificio otorgó al Palacio Arzobispal una nueva perspectiva, más acorde con su monumentalidad barroca. La hornacina que todavía hoy vemos sobre la puerta de la estancia interior del baluarte del Labrit recuerda la reforma urbana de este espacio del Casco Viejo.

Si ascendemos por la escalera que se halla a la izquierda de la hornacina, podemos alcanzar la parte alta del **baluarte del Labrit** (**3**), desde el que se obtiene una de las panorámicas más completas y amplias de la Cuenca de Pamplona. Sobre el borde de la muralla (¡ojo con los más curiosos o atrevidos!) y de derecha a izquierda, vemos el fuerte de San Bartolomé en la Media Luna, Burlada y las terrazas del Arga, el Molino de Caparroso abajo, las Huertas de la Magdalena con

El molino de Caparroso, hasta el siglo XVI de San Miguel, es el más antiguo y monumental de la docena de molinos que funcionan sobre el curso del Arga a su paso por Pamplona. De hecho, las ruinas de su torre prismática central datan del XVI. Entre las varias lápidas e inscripciones conservadas, en el Museo de Navarra se muestra una con la figura de San Miguel que se encontraba originalmente sobre la puerta principal del edificio. Hasta el siglo XIX su función primordial fue la de molino de grano y batanes. En 1848 se transforma su uso primitivo para acoger a la fundición Pinaguy-Sarvy, en la que trabajó Gayarre entre 1863 y 1865. A finales de siglo la Electra de Aoiz monta una turbina de vapor para producir electricidad, construyendo la torre de ladrillo que actualmente monopoliza la silueta del edificio.

su puente medieval, la playa de los Alemanes y Aranzadi, y al fondo San Cristóbal.



Tras el baluarte, nuestro paseo se dirige por la **ronda de Barbazán** hasta el Redín. Este tranquilo y grato recorrido, queda determinado a un lado por el antiguo paseo de ronda militar y sus correspondientes garitas, y a otro por el amplio conjunto de dependencias que integran

Arzobispado, Claustro y Catedral. Su vinculación militar y religiosa impidió que este bello paseo que ahora recorremos fuera de uso público hasta su urbanización en los primeros años sesenta.

Caminando hacia la Catedral se obtiene una de las vistas más sugestivas y pintorescas de su silueta exterior, determinada por la amplia balconada que remata la pequeña capilla de Jesucristo y la monumental capilla Barbazana al fondo. Ciertamente, la memoria de este obispo del siglo XIV queda bien guardada en esta parte del recorrido.

Arnaldo de Barbazán: la figura de este prelado pamplonés queda íntimamente ligada a la construcción del claustro de la Catedral. Nacido en Barbazán Dessus, en el departamento francés de Altos Pirineos, fue obispo de Pamplona entre 1318 y 1355. Su presencia física queda perpetuada por el túmulo sepulcral que lo representa en el centro de la capilla Barbazana, concluida también bajo su episcopado. Curiosamente muchos pamploneses de principios de siglo tuvieron el privilegio histórico de "conocerlo" personalmente, ya que cuando sus restos fueron desenterrados, apareció ante los atónitos ojos de los presentes incorrupto y con todas sus vestiduras pontificales completas. La noticia corrió como un reguero de pólvora por la ciudad, debiéndose exponer públicamente sus restos durante una semana, para así saciar la curiosidad morbosa de unos y milagrera de otros.

En primer plano, los arcos de descarga de la **capilla de Jesucristo** (**4**) muestran el alzado exterior de una de las estancias más desconocidas de la Catedral, en la actualidad cerrada al público. Bajo el arco se conservan los restos de lo que debió ser un antiguo oratorio; al otro lado se abre la ventana de medio punto que ilumina el altar interior de la capilla.



Capilla de Jesucristo en la ronda de Barbazán

Si tras la capilla de Jesucristo observamos detenidamente los muros que cierran el lado izquierdo del conjunto catedralicio, veremos, con múltiples petachos y adiciones, restos de las murallas que guardaban durante la Edad Media la Ciudad de la Navarrería. Algunos de los aparejos, en forma de espina de pez o con sillares gruesos y regulares, parecen testimonios de articulaciones todavía más antiguas, prerrománicas o incluso romanas. Tras las ventanas alineadas del antiguo dormitorio destaca uno de los cubos cuadrados de la antigua muralla, conocido como Torre del Cabildo. Junto a la

torre aparece un amplio arco de descarga que sostiene el ala oriental del claustro gótico, así como los poderosos contrafuertes de la **capilla Barbazana** (**5**) con su cripta inferior.

La cabecera de la Catedral queda oculta por la sala capitular y la **sacristía**, construidas durante el siglo XVII. Esta última estancia se ilumina mediante una amplia ventana rectangular (**6**) que da al paseo; cuando está abierta se puede ver tras su gruesa reja de forja la profusa decoración interior de la sala. Precisamente a través de esta ventana se introdujeron los ladrones que en 1935 sustrajeron parte del tesoro catedralicio en lo que fue el robo más famoso y recordado de la historia reciente de la ciudad.

El robo de la Catedral: pasada la medianoche del sábado 10 de agosto de 1935, dos ladrones, que el día anterior habían serrado uno de los barrotes de la reja de la ventana, robaron de la cámara del tesoro de la Catedral varias coronas de oro, las tres cruces del relicario del Lignum Crucis, numerosas monedas de oro y joyas, así como la famosa arqueta de Leyre. El valor de lo robado se cifró entre siete u ocho millones de pesetas de la época. Las crónicas destacaron la sangre fría de los ladrones que, además de demostrar un interés selectivo por las piezas más valiosas, se comieron antes de huir unas pastas acompañadas del buen vino de misa de los canónigos. La investigación consiguiente superó ampliamente las fronteras de Navarra, con detenciones en Jaca y París, y trámites judiciales desde Londres. Sin embargo, aproximadamente un mes después del robo, la mayor parte de las joyas se encontraron en un piso de la calle Arrieta propiedad de un relojero pamplonés. Estaban hábilmente ocultas entre la tierra de las macetas y en el interior de las pilas de una radio. La arqueta fue localizada en perfecto estado entre las matas de un ribazo próximo a Añézcar.

LASPEÑAS, J. *Curiosidades pamplonesas*, Pamplona, 1986, pp. 69-80.

El **baluarte del Redín** (**8**), como el del Labrit, ofrece, con su afilada proa orientada hacia el noreste, otra amplia panorámica de la Cuenca y los recodos del Arga. La soleada terraza que forma es un lugar muy frecuentado por paseantes y vecinos, que vienen a disfrutar de la tranquilidad del entorno y sus bancos. No hace muchos años se veían en la zona grupos de vecinas jugando a cartas o simplemente tomando el sol. En todo caso, antes que solanera apacible, la terraza que conforma la muralla fue utilizada también por el gremio de

Los cordeleros: este gremio artesanal es uno de los últimos en desaparecer, como colectivo, de la vida económica del Casco Viejo. Desde la Edad Media se documenta la presencia de la cofradía, con cuyo trabajo se elaboraban tejidos, cuerdas, sogas y alpargatas. Una vez que las fibras de cáñamo eran separadas y fermentadas, los oficiales, caminando siempre hacia atrás, formaban los hilos que se almacenaban en grandes ruedas impulsadas ininterrumpidamente por los aprendices. Este trabajo necesitaba de un amplio espacio llano y aireado, que solía estar vinculado a los fosos de las murallas. Los cordeleros trabajaron en la zona de la calle de San Ignacio, en el Jito-Alai, ronda Barbazán y finalmente en el Redín, donde utilizaban como almacén las dependencias del baluarte. Juan Angel Elizari en 1968, después de 40 años de dedicación, certificó la desaparición de la actividad constatando resignadamente que "*estos oficios de artesanía se caen solos*".

cordeleros. Todavía se pueden observar algunos de los soportes de las ruedas que se utilizaban para elaborar las cuerdas y cordeles de cáñamo.

El conjunto urbano que forman baluarte, mesón del Caballo Blanco, pasadizo volado de calle Redín, casas de la Canojía y plaza de San José (ver Itinerario 4) es uno de los más pintorescos de la ciudad. Este afortunado espacio debe parte de su encanto a la sustitución, a principios de los sesenta, del desvencijado barracón del cuerpo de guardia por un pintoresco edificio torreado que inspira su fisonomía externa en la arquitectura gótica.

Junto al **Mesón** (**7**) se colocó una antigua cruz que provenía del cementerio de Berichitos. Su historia es rica y viajera, ya que durante siglos estuvo vinculada al corazón de la Navarrería. Ya en el XIII se documenta su presencia en la confluencia de Curia, Navarrería y Estafeta, en el espacio conocido como Mentidero, actual Mercaderes. La primera cruz medieval fue sustituida por la que ahora vemos en 1500, manteniéndose en el Mentidero hasta su traslado al cementerio a mediados del siglo XIX. Fue ya hacia 1960 cuanto la cruz pasó a ocupar su actual emplazamiento, de nuevo en el entorno de la Navarrería.

Como la plaza de Santa María la Real, también la calle del Redín, que desciende hacia el portal de Francia, y la parcela adyacente cambiaron radicalmente su fisonomía tras la supresión del monasterio del Carmen, que ocupaba un amplio rectángulo con fachada a la calle de su mismo nombre. Tras la desamortización del convento, algunas de sus dependencias se convirtieron en cuartel, quedando finalmente

Texto: Carlos Martínez. Diseño: Birilo

Mesón del Caballo Blanco: este bello edificio fue diseñado por José Yárnoz Larrosa, arquitecto historicista que en Pamplona levantó también la parroquia de San Miguel y el monumento de los Caídos. Como director del servicio de Monumentos de la Institución Príncipe de Viana, estuvo ligado a las principales restauraciones del patrimonio arquitectónico navarro, entre las que destacan las del Palacio de Olite y el monasterio de Iranzu. Pero no todo en el mesón es fruto de la inspiración *"romántica"* de este arquitecto. La bóveda de cañón apuntado que cubre el interior del bar estaba ya acostumbrada a los vapores etílicos de sidras y vinos. Como uno de sus vanos, pertenecía a los bajos del palacio de Aguerre, derribado en 1958 para construir el hotel Maisonnave. Este edificio acogió durante años el *"Chacolí de Culancho"*, uno de los locales más castizos y tradicionales del Casco Viejo durante la primera mitad del siglo XX.


Mesón del Caballo Blanco

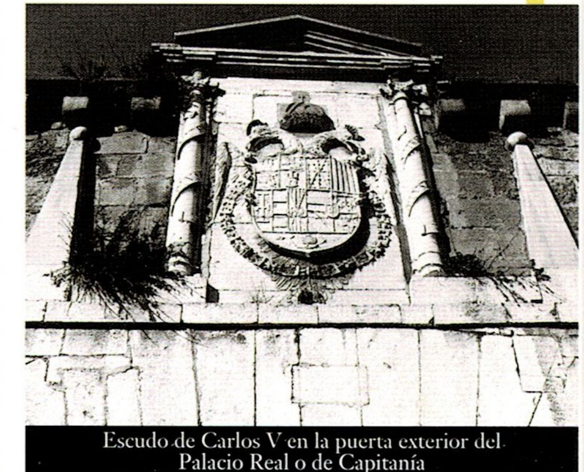
abandonado a principios del siglo XX. La parcela ha tenido desde entonces diversos usos industriales y artesanales que, junto a los cordeleros de la explanada, integraban una de las zonas más industriosas del Casco Viejo. De hecho, sucesivamente se documenta la existencia de un almacén de madera, una fábrica de alpargatas, un garaje, una fábrica de tejidos, el Laboratorio Agrícola, y más modernamente una fábrica de chocolates. En el patio del antiguo Laboratorio se conserva una enorme secuoya perfectamente visible desde la propia calle; como la de los jardines del Palacio de Navarra, también ésta ha sido declarada monumento natural.

La Desamortización y el Casco Viejo: la llamada Desamortización de Mendizábal, especialmente impulsada por este ministro de Hacienda a partir de 1835, consistió en la expropiación y venta por parte del Estado de buena parte de los bienes de la Iglesia y las Órdenes Monásticas. Fruto de este proceso se exclaustraron en el Casco Viejo los monasterios de La Merced y El Carmen, convertidos ambos en cuarteles militares durante la segunda mitad del siglo XIX.

El **Portal de Francia** o de Zumalacárregui (**9**) es, de todo el recinto amurallado de la ciudad, el único que nos ha llegado en su primitivo emplazamiento y definición. El portal inferior, construido en el siglo XVIII, aún conserva el foso y el puente levadizo con su correspondiente sistema de ruedas y mecanismos. El superior, más antiguo, muestra un detallado blasón con las armas imperiales de Carlos I. Frente a él se puede leer todavía una olvidada inscripción fechada el 18 de julio de 1939 que certifica el cambio de nombre del portal y nos recuerda, con su pomposa verborrea, uno de los capítulos más tristes de nuestra historia reciente.

Tras el portal, de nuevo retomamos el paseo de ronda para rodear las ruinas del **antiguo Palacio Real** o de Capitanía (**10**), cuyo uso también estuvo ligado en la Edad Moderna a la residencia del Virrey, y después a la sede de la Capitanía Militar. Esta vinculación castrense enmascaró y ocultó buena parte de su fisonomía medieval primitiva.

Palacio Real: las múltiples adiciones determinadas por los usos sucesivos dieron como resultado la casi total ocultación del antiguo palacio medieval. Sus dos alas en forma de "L" fueron recrecidas con ladrillo, se abrieron múltiples ventanas y balcones, y se añadieron edificios menores y muros de cierre perimetral. La opacidad de su uso militar, vigente hasta los años setenta, unida al abandono posterior llevó al edificio casi al anonimato. Tras la polémica retirada de buena parte de las estructuras adosadas, los muros de piedra conservados parecen relacionarse con el Palacio Real iniciado por Sancho VI el Sabio (1150-1196) en los últimos años de su reinado. El ala norte de las dos que en ángulo recto definen el palacio medieval, acoge como semisótano una magnífica sala rectangular de unos 250 metros cuadrados. Conserva en perfecto estado los seis tramos de crucerías góticas que configuran su abovedamiento y las ventanas de medio punto que se abren hacia San Cristóbal a la altura del paseo de ronda. Semienterrada, con abundante ventilación y orientada hacia el norte, debió de ser, por lo menos inicialmente, la bodega del Palacio. En el ángulo de unión de las dos alas, destacando levemente del resto del edificio, se levanta la torre principal.


Escudo de Carlos V en la puerta exterior del Palacio Real o de Capitanía



Así, uno de los edificios más emblemáticos de la historia de la ciudad pasó a ser uno de los más desconocidos. El paseo discurre por un estrecho corredor que de nuevo muestra una amplia panorámica sobre el río y San Cristóbal. Un muro decorado por coloristas grafitis oculta las ventanas inferiores del semisótano del palacio, así como la mayor parte de su alzado norte. Un sendero nos lleva desde la terraza del palacio hasta el antiguo seminario de San Juan. Existe un pasaje, actualmente cegado, que comunica el paseo de ronda con las antiguas huertas de Santo Domingo a través de una escalinata convertida hoy en un depósito de toda clase de basura y desperdicios.

Portales y portaleros: hasta los primeros años del siglo XX, de los seis portales principales del recinto amurallado (Francia, Tejería, San Nicolás, Zapatería, San Llorente y Jus la Rocha) sólo dos quedaban abiertos por la noche. Desde el siglo XVI, su funcionamiento dependía del portalero. Este empleado municipal solía vivir en pequeñas construcciones adosadas al propio portal; algunas, convertidas en viviendas privadas, se han conservado hasta los años treinta.



ARAZURI, J.J., *El municipio pamplonés en tiempos de Felipe II*, Pamplona, 1973, pp. 54-56.

El antiguo **seminario de San Juan** (**11**) y el vecino claustro del monasterio de Santo Domingo muestran una interesante ilustración del costoso y rentable proceso de rehabilitación y aprovechamiento de edificios históricos en serio proceso de abandono y deterioro. El primero, transformado en Archivo y dependencias municipales, fue completamente rehecho en cuanto a su distribución y estructura interna en 1979. El Archivo, cuya pequeña sala de lectura permite consultar el más completo repertorio de publicaciones relacionadas con nuestra ciudad, guarda además los principales documentos que jalonan su evolución histórica. El edificio barroco ha conservado únicamente su perimetría mural, con la fachada que da a la calle del Mercado y la arquería superior, así como una capilla neogótica de hacia

El seminario de San Juan o de los baztaneses: este edificio ilustra en el Casco Viejo pamplonés el mecenazgo y riqueza que durante el siglo XVIII alcanzaron algunas familias originarias del Baztán tanto en la corte de Madrid como en las colonias ultramarinas. De hecho, su fundador, Juan Bautista Iturralde, llegó a dirigir durante el reinado de Felipe IV el Ministerio de Hacienda. Inicialmente la función del colegio era alojar seminaristas parientes del fundador o en su defecto originarios de Arizcun y Baztán. Conservó su actividad religiosa hasta entrado el siglo XX; en 1940 pasó a ser museo de recuerdos históricos o museo carlista, siendo adquirido por el Ayuntamiento en 1963.

1900. En esta capilla se instaló en 1991 el museo de Sarasate, que, abierto al público desde entonces, exhibe objetos personales, regalos, partituras, instrumentos musicales, fotografías y diversas obras de arte, la mayor parte de ellas legadas al Ayuntamiento por el violinista pamplonés en 1893.

Si descendemos la pendiente que desde el Antiguo Seminario lleva a los aparcamientos de Santo Domingo y los corralillos. Destaca, adosado al propio seminario, el gran prisma cuadrangular construido como **monasterio dominico de Santiago** (**12**), y actualmente sede del Departamento de Educación y Cultura del Gobierno de Navarra. Una puerta enrejada permite observar desde aquí el claustro interior, que se comunicaba también con la calle del Mercado mediante una belena que, junto al antiguo seminario, termina en la portada barroca llamada "de los Generales". El conjunto monástico se completa con la iglesia de Santiago, cuya fachada queda ya en la plaza de Santiago o del Mercado (ver Itinerario 2). En los últimos años, el edificio ha sido reconstruido para acoger las dependencias del Departamento de Educación y Cultura del Gobierno, conservando del edificio primitivo sólo los dos pisos de arquerías que conforman su patio interior. De acceso libre mientras el edificio permanece abierto al público, ciertamente merece la pena terminar el paseo visitando este antiguo claustro, que representa uno de los espacios barrocos más bellos y monumentales del Casco Viejo.

Monasterio de Santiago: como la mayor parte de los grandes monasterios radicados en el Casco Viejo, también el de los dominicos ha sufrido numerosas vicisitudes históricas, que afortunadamente en esta ocasión no han concluido con la desaparición definitiva de su articulación arquitectónica. Poco después de la conquista de Navarra, en 1512 los monjes se trasladaron a su actual emplazamiento tras la incautación del monasterio medieval que se encontraba en la parcela del Palacio de Navarra. Los predicadores comenzaron a construir el nuevo monasterio e iglesia en 1519. Sin embargo, el claustro no se concluyó hasta los primeros años del siglo XVIII. Para entonces ya llevaba años funcionado en el convento la Universidad de Santiago. Esta universidad, la primera de Pamplona, fue suprimida definitivamente en 1771 por Carlos III (VI de Navarra). Tras la desamortización de 1836, pasó a utilizarse como cuartel de infantería primero y después como hospital militar, quedando definitivamente abandonado hace escasamente 25 años.